

de Hutten, que antes había ya expresado su opinión anti-romana en epigramas mordaces y que tuvo en 1517 el atrevimiento de dedicar al papa Leon X su edición de la obra de Valla sobre la no autenticidad de la donación de Constantino. En su dedicatoria enumera Hutten con incomparable ironía las acostumbradas y sabidas quejas de la codicia é hipocresía de los papas, pero al mismo tiempo dice que Leon, siendo buen Papa, nada tiene de comun con sus predecesores. Erasmo, hombre científico internacional, insensible á sentimientos nacionales, pero que conocía el carácter tosco del genio alemán, amonestó á veces bondadosamente á los humanistas mas impetuosos. El optimismo humanista estaba todavía en toda su fuerza, y en sus filas se encontraban campeones de caracteres radicalmente diferentes, como Zasius y Melanchton, Muciano y Hutten, que mirados desde fuera pertenecían igualmente á la comunidad á cuya cabeza figuraba Erasmo. En una lista de partidarios de la teología nueva y pura, que encontramos en la ya citada apología «El Triunfo de Reuchlin» por Pirkheimer, figuran entre otros muchos al lado de Reuchlin y Erasmo, Juan Staupitz, Eck, Ecolampadio, Cocleo, Murner, Lutero, Emser, Muciano y Spalatino. Pirkheimer dijo posteriormente á Erasmo por vía de justificación que había incluido en esta lista á buenos y malos, y mezclado amigos y enemigos, á fin de atraer á los indecisos y hacer á los enemigos sospechosos á los de su propio partido, y tanto acertó en esto, que nadie reclamó contra el honor de figurar en aquella lista.

Reinaba entre los humanistas algo como la alegría que inspira la aurora de un nuevo día á todos los seres, y que tan bien se avenía con la convicción de los humanistas de que el tiempo de las tinieblas había pasado y un nuevo día, una edad de oro iba á acabar con los temores del fin del mundo, anunciado como próximo con todos sus horrores apocalípticos que llenaban la imaginación de las masas. En su lugar esperaban aquellos humanistas un porvenir brillante de ciencias y artes, de humanidad, y moralidad, de nuevas grandezas del imperio y de una reforma pacífica de la Iglesia. Erasmo era el abogado mas celoso de la paz y el adversario mas decidido de la guerra, tanto entre los príncipes y las naciones como entre los individuos. Calificó toda guerra de anticristiana y hasta de bestial; con audacia varonil condenó las guerras de sucesión originadas por los casamientos entre las familias dinásticas, y se indignó de que los príncipes se disputaran la posesión de provincias y reinos como si fuesen fincas particulares suyas y no pueblos y naciones. Apenas admitía la guerra defensiva contra los turcos; pero entre cristianos por lo menos quería que antes de armarse unos contra otros por la ambición de los príncipes, por el genio belicoso de gente discolá ó por la vanidad de las enemistades nacionales, se hiciesen los mayores sacrificios para evitar la guerra.

En 1517 creyó Erasmo poder saludar el principio de una era de paz; había desaparecido el peligro del cisma; un congreso de paz estaba convocado para Cambray y se esperaba el concurso unánime de la Europa cristiana. A la cabeza de esta transformación política se hallaba el mismo Papa, bajo cuyo protectorado medraban tan espléndidamente las ciencias y las artes. Leon X, el emperador Maximiliano, el cardenal Cisneros, los reyes Enrique VIII, Francisco I y Carlos de España se unían para dar al mundo una edad de oro, y bajo sus auspicios é imitando su ejemplo se ponían de acuerdo en todas partes los hombres ilustrados. «¿Qué diría, escribió Erasmo en noviembre de 1517 al cardenal Grimani, qué diría San Jerónimo si hoy viera á Roma siendo el oráculo infalible de Cristo, á donde todos los príncipes acuden en busca de consejo? ¿Qué diría si viera que nadie se considera

cristiano completo sin haber visto á Roma y al Papa, divinidad de la tierra; si viera la Roma de Leon X siendo el custodio de la paz, de la ciencia y de la religión?»

Al escribir esto Erasmo se hallaba muy lejos de pensar que ya estaba dada la señal de la revolución dentro de la Iglesia y que el dominio universal del papado había llegado á su término irrevocable. No sospechaba la angustia que martirizaba las conciencias, el odio acumulado en largos siglos y la previsión de una catástrofe inmensa que trabajaban el ánimo de las masas. Muchos eran los humanistas alemanes que sentían con el pueblo y participaban de sus penas y glorias, pero también se hacían demasiadas ilusiones acerca del movimiento humanista. Este era puramente intelectual y por lo mismo aristocrático; Homero y Platon eran el alimento mas noble de los espíritus distinguidos y la prosa y poesía latinas un excelente medio de instrucción de un público numeroso; pero el anhelo poderoso de asegurar la salvación del alma, anhelo intranquilo que producía un exceso de actos devotos que sin embargo parecían siempre insuficientes á las conciencias agitadas, no se satisfacía ni calmaba con ninguna moral cristiano-platónica. El mismo humanismo dió prueba de ser juguete de la corriente dominante al querer conquistar y colonizar el terreno teológico; y al penetrar en este terreno, extraño y peligroso para él, había confundido la religión con la teología. Lo que de su filosofía de Cristo pudo penetrar en las masas se limitó á las polémicas acres contra el clero, á las sátiras crueles dirigidas al pueblo ignorante que soportaba y mantenía la multitud de tonsurados codiciosos que le pagaba con ceremonias insípidas.

Aquellos sabios y prudentes iniciados en las ciencias, que tan seguros estaban de que sus críticas mordaces expresadas en lenguaje literario y científico no llegarían á producir un estallido general, quedaron estupefactos cuando la tempestad estalló, justamente en el momento en que se creían triunfantes en su república de gente docta.

El pueblo alemán, de quien hasta entonces nadie había hecho caso, ha dicho Dahlmann, levantó súbitamente su voz por boca de Lutero.

CAPITULO III

MARTIN LUTERO

La reforma religiosa, considerada como suceso histórico, nació en Alemania; pero como movimiento religioso fué general y no se limitó á la raza germánica, pues sabido es, y no debe olvidarse, que en Italia, sin hablar de otros países, en medio de la liviandad y del escepticismo y á la sombra de la filosofía semi-cristiana del Renacimiento se manifestaban una indignación profunda contra la corrupción eclesiástica y una disposición muy pronunciada para escuchar con fervor sermones de penitencia. Es ciertamente arriesgado comparar unas naciones con otras respecto de su religiosidad ó moralidad, y los alemanes deben guardarse de atribuir el suceso mas grande de la historia moderna, la reforma religiosa, al fervor sentimental y al genio alemán, y por otra parte á la inmoralidad é indiferencia religiosa de las altas clases sociales de Italia; pero también es ciertísimo que la aparición y actividad de Lutero no produjeron un efecto verdaderamente eléctrico en la población, hasta en sus clases mas ínfimas, sino en Alemania, de lo cual se puede inferir que justamente en este país había llegado la tensión de los ánimos y su disposición para la reforma á su mayor grado. Tantos y tan diversos eran allí los motivos de excitación, que nobles, habitantes de ciudades, labradores, clérigos y laicos, hombres de ciencia é ignorantes, escucharon ansiosos la voz del que



AETHERNA IPSE SVAE MENTIS SIMVLACHRA LVTHERVVS
EXPRIMIT AT VLTVS CERA LVCAE OCCIDVOS
·M·D·X·X·

Retrato de Lutero. Copia de un grabado en cobre, dibujo de Lúcas Granach (año 1520).